



ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

Vladimir Nabokov, hostigado en una serie de entrevistas de brillante traza a pesar de su alejamiento de este género literario

II SANTIAGO AIZARNA

La contundencia es cualidad suficientemente adoptada, en su máximo grado, por los habituales admiradores del arte del ring, según los cánones del marqués de Queensberry. La contundencia de las respuestas y opiniones de Vladimir Nabokov (1899-1977) en este libro le hace merecedor del título que se ostenta en la portada del mismo, en el que, aun antes de abrir por su primera página se nos lo señala como un auténtico 'bombardero', émulo en tareas literarias de aquel un tal Joe Louis Barrow, que fuera el ídolo no solo de Detroit sino del boxeo mundial, incluso después de ser vencido por Ezzard Charles y Rocky Marciano en sus ya postreros años.

Respecto a mi punto de vista personal respecto a este gran autor, he de confesar que desde que leí su pri-

mera obra, 'Cámara oscura' (Luis de Caralt, 1951), seguí sintiendo una especie de 'fidelidad mostrenca' (en realidad, todas las fidelidades me parece como que me son un tanto mostrencas) a las subsiguientes obras de Vladimir Nabokov que fueron saliendo a los escaparates.

La lista es larga y en muchas ocasiones he podido sentir, previamente, un cierto sentimiento de agobio a su extensa paginación, ante lo cual, como ante otros muchos autores de parecida generosidad plumífera, me he visto en la necesidad de aplicar lo que llamo yo 'el método stajanoquista' (que consiste, para mí, en hacer una intensiva lectura de una hora del correspondiente libro y sujetarme a ese igual baremo en las siguientes horas, que es, creo yo, la mejor práctica cuando leer rápido un libro sea menester. Fueron viniendo así obras y más obras, casi todas de amplia aceptación entre los lectores, supongo que con 'Lolita' a la cabeza de todas ellas. Al recordarlas por encima tampoco me puedo olvidar, ni siquiera mínimamente, de sus comentarios, o lecciones, sobre 'El Quijote' (Ediciones B, 1987), escritos bajo la sugerencia de una Universidad norteamericana y que muestran unos puntos de vista que difieren bastan-

te (y bastante sustancialmente) de tantos estudios y ensayos que se han escrito sobre el famoso hidalgo.

Ahora, lo último que me llega de él es este libro donde figuran una serie de entrevistas, cartas a directores de publicaciones y artículos, con el que se hace valer esa vieja teoría o doctrina de algunos personajes prominentes de 'ganar batallas después de muerto'.

Interesa entresacar líneas de escritura y opiniones en ellas verditas del prólogo que el propio autor escribió en Montreux en 1973, en las que se nos viene a decir que «pienso como un genio, escribo como un autor distinguido y hablo como un niño. Durante mi carrera docente en Norteamérica, desde mero lector a profesor titular, nunca he facilitado a mi auditorio ni una parcela de información que no estuviese preparada de antemano en forma de nota mecanografiada que tenía ante la vista en el atril. Mis balbuceos y tartamudeos cuando me pongo al te-

léfono motivan que los interlocutores de larga distancia pasen de dirigirse a mí en su inglés nativo a hacerlo en un francés patético. Creo que a nadie se le ocurriría pedirme que me someta a una entrevista, si

por 'entrevista' se supone una charla entre dos seres humanos normales. Pues bien, lo han intentado por lo menos dos veces hace ya tiempo, y en una ocasión en presencia de un magnetófono; y cuando me volvieron a pasar la cinta y acabé de reirme, decidí que nunca en la vida volvería a repetir esa hazaña».

Pese a ello, aquí van veintidós entrevistas en las que se vierten interesantísimas opiniones sobre la vida en general, sobre ese su oficio de escribir, sobre autores y

obras, más o menos habiendo tomado las precauciones necesarias para evitar esas malas situaciones de las que nos informa, que consisten en exigir que «las preguntas que quiera formularme el entrevistador ha de mandármelas por escrito, y yo se las contesto por escrito, y han de ser reproducidas al pie de la letra. Estas

tres condiciones son ineludibles».

Le conviene igualmente al lector seguir los pasos que da el mismo Nabokov «al ver los resultados de las entrevistas según aparecen en páginas impresas» y que es, fijarse solamente «en la substancia básica», tan llena de saberes en cualquier caso y ha sido, de esa manera, cómo «el material se ha ido transformando en un ensayo más o menos estructurado en párrafos, que es la forma ideal que ha de tomar una entrevista escrita».

Se explaya, igualmente, sobre la sección de cartas a directores de publicaciones. Al final, hay una serie de ensayos escritos todos ellos, salvo uno, en Estados Unidos o Suiza, y, por fin, están unos cuantos artículos, entre ellos sobre Jodasevich (1939), Sartre (1949), el clavicordio (1963), respuesta a mis críticos (1966), 'Lolita' (1967), de la adaptación (1969), notas de aniversario (1970), los símbolos de Rowe (1971), la inspiración (1972), y cinco artículos sobre lepidópteros (1952-1953,1970).

En conjunto, una buena ocasión de lectura y de mejor conocimiento aún de quien asimismo, en el prólogo, se autocalificaba de genio, cosa que, en cierto modo, no es difícil adjudicárselo.



OPINIONES CONTUNDENTES

Autor: Vladimir Nabokov.
Género: Textos.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 376.
Precio: 20,90 euros.